



EL LEGADO EUROPEISTA DE ORTEGA EN ESPAÑA

Maximiliano FARTOS MARTÍNEZ
Universidad de Valladolid

Como Ortega fue, además de profesor, escritor muy leído, para hablar de su legado europeísta habría que rastrear su influencia en los discípulos directos y en sus numerosos lectores ilustres. La desmesura de esa labor me inclina a centrarme en Julián Marías, que además de alumno y amigo ha sido su más fiel continuador y ha tenido la suerte de alcanzar una edad avanzada en plena lucidez y con incansable dedicación. En el capítulo XXI del volumen tercero de sus Memorias, refiriéndose al centenario del nacimiento de Ortega, escribió: “He tenido siempre la impresión de haber estado hablando con Ortega la tarde anterior. No puedo leer una página suya sin oír su voz, con las inflexiones bien conocidas, adecuadas a cada frase. El haber seguido, sin interrupción, leyéndolo, pensando sobre él y con él, comentándolo, partiendo de su pensamiento para poder ir más allá, para no ser arcaico, o encontrarme, después de dar muchas vueltas, en su punto de partida, todo eso me lo había conservado en una extraña cercanía”.

1. Antecedentes

Al hablar de europeísmo, conviene distinguir desde el principio entre **unidad** europea y **unión** europea. La primera, y no sólo en el sentido geográfico, sino en el cultural y religioso, viene de antiguo y es menos discutible, mientras que la segunda, que alude a decisiones políticas, es asunto más reciente, aunque con precedentes históricos como la pretensión de forzar militarmente la unidad católica por Carlos V y Felipe II, o la implantación de su código civil por Napoleón.

Aunque no pueda ni deba forzarse la unanimidad sobre cómo haya de ser la Europa que resulte de la unión, a cuyo proceso tenemos la ventura de asistir, parece menos difícil el acuerdo sobre los orígenes y las raíces, prescindiendo ahora de si conviene o no que figuren, y de qué manera, en el Tratado sometido a la aprobación de los distintos países. Para Ortega la unidad estaba clara y también la conveniencia de que se formaran unos Estados Unidos de Europa, cuya ocasión llegará cuando la coleta de un chino asome por los Urales o entre en ebullición el gran magma islámico. Ciertamente también Ortega tuvo sus fallos, pero es difícil negarle ciertas dotes proféticas. Y no sólo en el “Prólogo para franceses”, sino mucho antes cuando sentenció que España era el problema y Europa la solución¹.

¹ Es curioso que los políticos a los que correspondió firmar el ingreso en la Comunidad Europea, se negaran en su día al ingreso en la OTAN con el lema aquel: “OTAN de entrada NO”, como si desconocieran que se trataba de la mejor receta para terminar con las tentaciones golpistas de ciertos militares. No faltarían andaluces sagaces que entonces dijeran: chiquillo, que Dios te conserve la vista.

En cuanto a las raíces, cualquier europeo culto sabe listar: la filosofía griega, el derecho romano, el cristianismo y la ciencia moderna. Por lo que hace a los griegos, es memorable la frase de Hegel: “con el nombre de Grecia el hombre culto europeo se siente en casa”. No sólo con la filosofía, sino ya con Homero y después con la geometría. Hoy no es extraño encontrarse con quienes, al oír el dicho hegeliano, se rebrincan los muy “correctos” y le enmiendan la plana autocalificándose de “planetarios”, sin reparar en que el planeta no tiene tejado. De Grecia nos viene el afán de aclarar las cosas, de ver las cosas claras; y Farrington supo destacar el pasaje de la *Ilfada*², en que dice Ajax en su plegaria a Zeus, cuando la niebla ha rodeado el campo de batalla: “Haz el día claro y permítenos ver. Haz que así sea y una vez haya luz, destrúyenos”. Que así sea, “pero con luz”, comenta Farrington³, que quiere ver ya aquí el precedente de la que para él es la mejor sentencia de Platón: “una vida sin reflexión no es vida para un hombre”. En nuestro tiempo, P. Hazard, traducido por Marías, escribió en *La crisis de la conciencia europea*: “¿Qué es Europa? Un pensamiento que no se contenta nunca. Sin piedad para sí misma, no deja de perseguir dos búsquedas: una la felicidad; la otra, que le es aún más indispensable y más cara, hacia la verdad”⁴.

De Roma nos vienen las nociones de autoridad y organización “conforme a derecho”, y las consecuencias de la romanización en los pueblos que fueron efectivamente romanizados, y de los contactos con aquellos que se resistieron y terminaron invadiendo el imperio occidental⁵. Visitando el campamento de Petavonium es fácil sentenciar que donde quiera se hallen piedras grandes bien alineadas (o acueductos que no se caen), allí estuvo Roma. Todavía se recuerda en Salamanca el cartel que advertía: Vehículos pesados, por el puente romano. Fue el romano un pueblo serio y urbanizador, que no se pasó todo el tiempo echándole cristianos a las fieras en el circo para divertirse y nutrir de argumentos a los cineastas venideros, y que dejó sembrado el territorio de su extenso y sólido imperio de estelas funerarias con inscripciones a veces muy emotivas. Además supo dejarse “vencer” por la Grecia vencida. De Roma le llegó a Europa el latín, primero como lengua viva en los pueblos romanizados, y después como lengua común de cultura. Le cabe a la lengua griega el honor de que en ella nació la filosofía occidental. En griego escribieron Platón y Aristóteles, y también Euclides y Arquímedes. Después lo hicieron en latín Lucrecio, Cicerón, Séneca y más tarde San Agustín. A lo que hay que añadir la mayor parte del pensamiento de la Edad Media, que no fue toda ella tan oscura como pensaron los enciclopedistas. Y después, en un latín renacido, obras tan definitivas como el *De revolutionibus* de Copérnico, las *Disputationes* de Suárez, las *Meditationes* y los *Principia* de Descartes, la *Ethica* de Spinoza, los artículos fundacionales del cálculo de Leibniz, los *Principia* de Newton o las obras de Euler. Todavía buena parte de los escritos precríticos de Kant son latinos, en latín

² *Ili.* XVII, 645-47.

³ En su *Ciencia y filosofía en la antigüedad*, Barcelona, 1972, 29.

⁴ Si a ello añadiéramos el desarrollo de la técnica, podríamos anticipar ya que fue característica del hombre europeo no “acomodarse” al mundo espontáneo y originario, frente a la acomodación del africano, apenas salido de la naturaleza, o la resignación del asiático.

⁵ Asunto aparte sería lo referente a la componente eslava de la Europa actual.

está su famosa *Dissertatio* de 1770, y a él fueron traducidas casi inmediatamente las tres Críticas.

Cuando los cristianos tuvieron que sistematizar su doctrina en forma de teología, no pudieron evitar la simbiosis con el neoplatonismo, utilizando sus expresiones en la misma formulación del dogma trinitario, por ejemplo, y a la vez que incorporaron como *cardinales* las cuatro famosas virtudes platónicas, se dejaron contagiar de buen grado con no pocas adherencias del estoicismo, útiles para su ascética. A veces se ha llegado a pensar que si el neoplatonismo duró tanto, se debió a su unión con el cristianismo; otros consideran, al contrario, que la nervatura ideológica y la versatilidad dialéctica del cristianismo le viene del neoplatonismo. Digamos que se han arrimado el hombro el uno al otro. En todo caso, del cristianismo le llega a Europa la idea de un Dios personal, que los hombres han sido creados iguales en dignidad, que son hermanos y libres por lo menos para pecar. Es sabido que Nietzsche, el “águila herida”, psicoanalista antes del psicoanálisis, filia en el cristianismo tanto la democracia como el socialismo, en los que aquél sobreviviría camuflado⁶. Y de la raíz judeo-cristiana viene la concepción occidental del tiempo histórico lineal, orientado hacia el futuro; de la secularización de la historia como “historia de la salvación” es de donde procedería la idea de la historia como progreso, el mito del progreso⁷.

La constitución de la física como ciencia segura le parecía a Ortega la creación más asombrosa del espíritu humano. No es para menos si se piensa que antes de acabar el siglo XVII se había conseguido integrar deductivamente en un mismo cuerpo de doctrina todos los ingredientes, que cada uno por separado: heliocentrismo, órbitas elípticas keplerianas, ley de caída de los graves, principio de inercia...habían contrariado al sentido común e iban contra lo que se esperaba. Ahora se salvaban todas las apariencias sin privilegiar a ninguna de ellas. Como ha observado Russell, tenían motivo aquellos hombres para sentirse importantes. Le asignaban trayectorias a los cometas y éstos obedecían. Detrás vendría la técnica.

Cuando Ortega utiliza la palabra Europa para polemizar con quien se tercié, se refiere a la ciencia: “Europa=ciencia: todo lo demás le es común con el resto del planeta”. Pero por mucho que él admire el surgimiento de la física o de la geometría analítica, son campos éstos que poco le deben porque, aunque sea muy ocurrencia, no aporta teoremas, sino que se refiere también a la filosofía en cuanto ha de constituirse como ciencia, si no exacta, rigurosa⁸. Europa va en él asociada, sobre

⁶ Claro que, antes de citar a Nietzsche, podríamos haberle dado otra vez la palabra a Hegel para recordar que según él los dioses griegos le llevaban de ventaja a los de los egipcios el tener ya figura humana y no animal, y que en el cristianismo Dios mismo *se hace* hombre; lo que resulta coherente con aquello de que con el cristianismo (para él, el cristianismo reformado) se alcanzará la libertad de todos, y no sólo la de muchos como en Grecia y Roma, o la sola del sátrapa oriental.

⁷ Pese a lo dicho, tampoco debe olvidarse que la masonería se originó en Europa y se implantó en ella.

⁸ La razón vital, o razón histórica, o razón narrativa ha de ser razón rigurosa capaz de cortar donde la razón fisico-matemática ya no corta: en todo lo referente a la vida humana y su estructura. La “vida humana” es para los orteguianos la “realidad radical”, en el sentido de que todas las demás han de presentarse en ella. Es la evidencia primaria, al modo del cogito cartesiano, o la concreción vitalista de éste. Ser, orteguianamente, se diría en primer lugar del vivir humano, y de las otras realidades en cuanto hicieran referencia a esa nueva especie de sumo analogado. No es el momento de ventilar la posible

todo, a Descartes y lo que su nombre significa frente a la figura de San Juan de la Cruz, esgrimida por Unamuno para la polémica, que le lleva a formular el “que inventen ellos” y a ratificarse posteriormente en lo dicho.

Pero es preciso matizar. Aunque Unamuno se pronunciara contra toda la ciencia *esa* europea, de él precisamente no puede decirse que no fuera un europeo que no estuviera a la altura de los otros. Además, cuando él habla de los *suyos*, ahí están Pascal, Senancourt, Leopardi, Kierkegaard, etc. Tampoco puede decirse que sea su “que inventen ellos”, usualmente tan sacado de contexto, más radical acaso que la posterior crítica heideggeriana de la lógica, la ciencia y la técnica, ésta por dominante, y aquéllas por reducirse al razonamiento calculador frente al “pensar poético”, y porque en definitiva una ciencia que no tome en serio la nada (que escurra el bulto ante la posibilidad de la nada), le parece a él frívola y poco menos que ridícula⁹.

Yo creo que lo que le quería decir Ortega a Unamuno cuando la famosa polémica de 1909¹⁰ estaba en línea con lo que le había espetado a Valle Inclán al final de su preciosa crítica de la *Sonata de estío*, aquel “déjese de bernardinás”, que me hace pensar también en la respuesta a Octavio Paz, casi cincuenta años después, cuando éste le confesó que se dedicaba a la poesía, y Ortega le dijo: ustedes (los hispanoamericanos) no tienen remedio. No me parece aventurado decir que Ortega concebía la literatura como *ancilla* de la filosofía, a la manera de Platón; o mejor aún, que ambos la utilizaban como el excipiente de ella.

Curiosamente el españolizador Unamuno (con la intención, sin duda, de “invadir” Europa, no de separarse de ella) y el europeizador Ortega (no por ello menos patriota) parecían tener los gustos cruzados. Mientras que el madrileño era aficionado a los toros y quería salvar a don Juan (buen símbolo vitalista), Unamuno no ocultaba su desprecio por el personaje del burlador y estaba contra los toros y

objección calderoniana o cartesiana envuelta en la pregunta: ¿ y si (toda) la *vida* es sueño?. Tampoco lo es para discernir las fuentes germánicas de Ortega y su originalidad. Por un lado, sería cómodo aplicarle a Ortega respecto de los alemanes aquello de Cicerón ante los griegos: dadme ideas que palabras no me faltan, pero tiene poca razón Marías cuando responde a los que escudriñan ahora aquellas fuentes: el caso es que ningún germano hizo lo de Ortega con aquellas influencias.

⁹ Cosa aparte es que un científico con resultados en las alforjas pueda replicarle a Heidegger: Hombre, en la nada todos hemos pensado algunas veces, y tal vez muchos de los que al parecer no dejan de hacerlo persistan en ello porque no tengan otra ocupación más entretenida y gratificante. Con la sospecha de que mal podrá desvelar el misterio de la nada quien no se haya mostrado capaz de solucionar problemas más “sencillos”.

¹⁰ Ese año tampoco estuvieron en el mismo bando Unamuno y Ortega cuando los múltiples escritos y manifiestos por la condena y fusilamiento de Ferrer. En este caso Giner estuvo del lado de Unamuno (a los dos les molestaba la falsedad de la protesta internacional en cuanto a que no hubiera libertad en España). Pero como los tres eran amigos, Juan Marichal ha hablado de “la continuidad intelectual (¿ y política¿) de la España europeísta representada por tres generaciones sucesivas”.

Unamuno andaba por los cuarenta cuando con ocasión del tercer centenario de la primera edición de la primera parte del *Quijote* publicó su *Vida de Don Quijote y Sancho*, Ortega tenía treinta y un años cuando sacó sus *Meditaciones del Quijote*, que venían a coincidir con el tercer centenario de la segunda parte; y queda uno tentado a relacionar esas dos obras con el espíritu de aquellas dos partes de la obra cervantina.

contra el flamenco, y se conservan, entre sus innumerables cartas, las que se cruzó con Eugenio Noel, animándole en su causa perdida y recomendándole cautela.

Consideración aparte merecería García Morente, que de formación no menos europea que la de Ortega, después de su conversión ponía en boca del “caballero español” despectivas consideraciones sobre la democracia y el parlamentarismo, identificaba como descristianizadora la intención de los europeístas y vaticinaba un futuro cercano de triunfo y esplendor para la Iglesia¹¹. Lo que no es óbice para que en esos mismos escritos puedan rastrearse apreciaciones muy acertadas sobre la historia de España y de Europa, que también aparecen después en Marías y en algún otro autor donde pudiera resultar menos esperable la influencia.

Morente había sido el mayor y más desinteresado admirador de Ortega , y había colaborado en sus “empresas” europeizadoras, como la *Revista de Occidente* y la Editorial del mismo nombre, en las que no sólo escribían o eran traducidos los principales pensadores del continente, sino que se publicaban cosas de aquí, que no desmerecían ante las que se daban al público en los otros países. Como ha dicho Morón Arroyo, “Ortega es nivel”. Escribieron, entre otros, Russell y Schrödinger; traducían Morente, Zubiri, Gaos, Ramiro Ledesma..., y después Marías.

2. España inteligible

Si puede decirse que la obra filosófica más decisiva de Marías es su *Antropología metafísica* (1970), los escritos más relevantes para el asunto que nos ocupa son, junto a varios artículos de prensa (principalmente en la Tercera de ABC), su *España inteligible* (1985), *La perspectiva cristiana* (1999) y el tercer volumen de sus Memorias, publicadas bajo el título general de *Una vida presente* (1989). Quien haya leído esta autobiografía habrá visto no sin estupor que éste es uno de los hombres que más ha viajado, con tantas horas de vuelo como un piloto, y que ha conversado con más gente interesante. Diríase que se ha relacionado directamente tanto como lo hicieran en sus vidas respectivas Leibniz y Unamuno por vía epistolar. Además de muchas ciudades europeas, ha visitado la India y Japón , y sobrepasa el centenar el número de veces que ha cruzado el Atlántico para impartir cursos y conferencias tanto en la América del Norte como en la del Sur. Además del trato con sus principales maestros: Ortega, Morente, Zubiri y Gaos, colaboró durante la guerra civil con Besteiro, conoció después a Heidegger y a Quine¹², mantuvo amistad con Marcel, conoció a Cioran, también a Aron (que había sido tratado tan grosera como injustamente por Sartre en mayo de 1968) y se ha

¹¹ Pero sería hipócrita quien hoy se rasgara las vestiduras por estas ideas de Morente y a la vez pasara por alto que Sartre, “ángel tutelar de los maoístas europeos”, lanzara más tarde como eslogan que “las elecciones son una trampa para gilipollas”.

¹² Desgraciadamente no parece que la Lógica haya sido su fuerte, y no sé como recibiría Quine su gracia ante la función *joint denial* o negación conjunta, cuando le dijo Marías que venía a reducirse al “ni na, ni na” de los andaluces. Tampoco me parece afortunado destacar como lo más valioso de Zubiri su talento como teólogo, si de ello se siguiera lo que pudiera seguirse. Zubiri, que veía en Hegel “la madurez intelectual de Europa”.

Cuenta Marías que en el Hotel Vesuvio de Nápoles se encontró con Popper, ya viejo, cuando éste llegaba y él se iba, que hablaron sólo unos minutos y siguieron sus caminos divergentes.

relacionado con un numerosísimo elenco de intelectuales franceses, alemanes, americanos, italianos, polacos, etc. Tuvo desde joven mucho entusiasmo por Europa y, entre otras reuniones, acudió a las celebradas en Ginebra invitado por un grupo de intelectuales europeos para el proyecto fallido de fundar una Academia Europea.

Añádase su trato con el Rey, Suárez y Calvo Sotelo. Fue, como es sabido, senador real que se empeñó en cumplir con su deber¹³, y después, durante bastantes años, uno de los doce miembros del Consejo Pontificio para la Cultura, lo que le permitió comer con el Papa, que en la ocasión “bebió vino blanco”. Detalle muy clarificador para españoles formados en los años cincuenta, éste de que llegara a consejero pontificio el discípulo de Ortega, que había sido la *bestia negra* para la mayoría de los eclesiásticos de entonces. Y también para comprender hoy sus diferencias con el gran maestro, a quien ha dicho que le proponía escribir una Summa Teológica según la razón vital, y a quien últimamente ha llegado a reprocharle que no hubiera sabido (cuando la República) “en qué manos se ponía el panderó”.

Se trata, pues, de un católico practicante, pero no “beato”, sino liberal y siempre dispuesto a justificar su fe, como lo ha hecho paradigmáticamente en La perspectiva cristiana; un filósofo que, permaneciendo fiel a Ortega, ha creído armonizar el cristianismo con la doctrina de la razón vital. Y también fiel a Unamuno¹⁴, pues dice que él y Ortega “son complementarios”. Unamuno, como novelista espléndido desconfiaba de la razón, y Ortega era partidaria de la razón vital, histórica, y por lo tanto narrativa. En este sentido, se comprende que en la última página de sus Memorias haya escrito: “Aparte de su significación narrativa, de ‘novela’ real, estas memorias, tal como las he concebido y realizado, son un paso adelante, quizá el mayor, en la serie de mis esfuerzos para comprender la realidad humana”.

¹³ Con ocasión de que algunos socialistas habían hablado despectivamente de los “senadores reales”, orgulloso de la independencia con la que éstos podían operar, dijo: “Sí, nos llamamos así porque tenemos realidad; y porque votamos lo que nos da la real gana, y no lo que nos mandan”.

El 5 de Junio de 1984 publicó Marías un artículo titulado “La libertad en regresión”, y diez años después, el 12 de Mayo de 1994, otro, cuyo título fue “La regresión de la libertad”. Ha sido Marías un escritor que no se ha dejado amilanar fácilmente, siempre dispuesto a ejercer el máximo uso posible de la libertad en cada momento. Cuenta que cuando salió de la cárcel después de la guerra, se dijo: ya he conocido la cárcel, si hay que volver se vuelve. Y es conocido su dictamen sobre la contienda: *Los justamente vencidos; los injustamente vencedores*. Pero cuando se empezó a hablar del “páramo cultural” con la intención de oscurecer retrospectivamente el esfuerzo creador de muchos españoles en los años de aquella larga posguerra, reaccionó con el artículo: “La vegetación del páramo”, que incluía una lista impresionante de libros publicados en España entre 1941 y 1955.

¹⁴ Más de una vez ha dejado caer Marías la idea de que la heterodoxia de Unamuno era innecesaria. El no oculta que reza, especialmente en los capítulos dedicados a la enfermedad y muerte de su mujer, y a Unamuno tampoco le avergüenza confesar que lo ha hecho en algunas ocasiones, circunstancia con la que nunca me he tropezado en la lectura de Ortega; lo que no impide que en sus escritos se encuentren páginas muy emotivas de contenido religioso, por ejemplo, la referida al *Ecce homo*, en la conferencia de 1910 sobre “La Pedagogía social como programa político”, que desconocían u ocultaban los eclesiásticos que buscaban su “perdición” tratando de meter sus obras en el Índice.

Si hubiera que significar en cuatro palabras las diferencias entre Marías y Ortega en el tema que ahora nos ocupa, bastaría con destacar que donde Ortega dice España invertebrada, Marías pone España inteligible, y donde Ortega carga la suerte en **Europa**, Marías lo hace en **Occidente** (Occidente con dos lóbulos: uno Europa, y el otro América).

Ha dicho Marías de su libro *España inteligible* que acaso sea del que más se alegra de haberlo emprendido, porque puede ser el que más ayude a vivir con lucidez a los españoles. La intención que le movía era la de enfrentar la historia de España con la razón narrativa, que añade a los *hechos* el sentido, para lograr que *España* sea *inteligible*, incluyendo la España actual, y por ser *futuriza* la vida, también la España del mañana. Para desterrar la idea de que haya sido España una especie de nación anormal, cuya historia en comparación con la de otras europeas se presentara como la de un país conflictivo, irracional, algo difícil de comprender, ininteligible o poco menos, y en la que la decadencia fuera algo así como endémica. Naturalmente no se priva Marías de cuanto burla le es posible respecto de ese tipo de historiador, que no contento con fechar la decadencia en el siglo XVII, y mejor en sus primeros años, la adelanta al XVI y termina por envolver también en ella al reinado mismo de los Reyes Católicos. Y más aún, no conforme con ello, la proyecta hacia el futuro, la decadencia *futura*, para concluir, siguiendo su lógica, en la identificación de España con la Decadencia, escrita así con mayúscula.

No podía satisfacerle la visión contenida en *España invertebrada*, libro de Ortega del que ha dicho que era “preorteguiano”, porque no está escrito según la *razón histórica* y, además, su fecha de composición, 1921, era anterior “a la mayoría de los verdaderos avances en la aclaración de nuestra historia”, debidos en buena parte a Menéndez Pidal, cuyas pretensiones “teóricas”, no obstante, serían “más bien modestas”. Ni podían tampoco satisfacerle las visiones enfrentadas de Américo Castro (*España en su historia*, 1948) y Claudio Sánchez-Albornoz (*España, un enigma histórico*, 1956), autores que fueron extremando sus posiciones, ganándose aliados para su causa respectiva. Laín Entralgo, por ejemplo, en su ensayo *A qué llamamos España* (1971), se inclina del lado de don Américo.

En una conferencia de marzo de 1985, estableció Marías el paralelo entre Ganivet – Unamuno y Américo Castro – Sánchez-Albornoz. En las cartas que se cruzaron Ganivet y Unamuno en el periódico de Granada, Ganivet pensaba que el ingrediente árabe era esencial en lo español, que él no se entendería a sí mismo sin el componente árabe. Unamuno decía, en cambio, que lo español reside en la **roca viva**, lo ancestral que sigue permanente por debajo y a pesar de las invasiones. Relata Unamuno que un verano, en el que España mantenía guerra en el exterior, asistió a la faena de la trilla del centeno en un pueblo salmantino, en el que seguían trabajando como siempre sin saber siquiera que había guerra. La historia escucha a cuatro que dan voces y se olvida de los cuarenta que callan. Es la idea de la **intrahistoria**.

Hoy sabemos que la invasión árabe fue una invasión de pequeños ejércitos. En cambio, en la de los visigodos venía un pueblo, que era cristiano, aunque arriano, pero aún entonces eran muchos más los que estaban aquí, los invadidos¹⁵.

El problema de A. Castro, decía Marías, es: ¿cuándo empieza a haber España? Y se responde que desde luego no antes de la invasión musulmana. España no se entendería sin cristianos, moros y judíos, sin cristianos viejos y cristianos nuevos y la correspondiente dialéctica. El defecto fundamental de A. Castro es que convierte en argumentos e interpretaciones algunas citas literarias, sagaces e importantes, pero que no pasan de lo que son y que no dan para tanto. Para Sánchez-Albornoz, en cambio, ha habido España desde mucho antes, casi desde siempre; España es todo lo que ha pasado en el solar patrio. Pero por ser polémica, la visión de estos dos grandes maestros peca de parcialidad, aunque gracias a ellos hoy sepamos mucho más¹⁶.

Para Marías España es europea “porque ha querido serlo”, decidió serlo, pues pudo haber sido otras cosas, mientras que los otros países de Europa lo son porque no les quedaba más remedio que serlo. Los árabes islamizaron el norte de Africa, que había sido cristiano (al recuerdo acude la patria de San Agustín), y quedó islamizado para siempre. Está claro, sin necesidad ahora de mayores precisiones, que allá por los Picos de Europa, y también en otros territorios como Navarra y el alto Aragón, surgieron grupos de hispano visigodos que no se avinieron a la

¹⁵ Como se sabe, en el sentir de Ortega los visigodos arriban “ya extenuados, degenerados” a este último rincón de Europa. Algo muy distinto a como irrumpió intacto el pueblo franco en la gentil Galia “vertiendo sobre ella el torrente indómito de su vitalidad”. Así se entiende que “un soplo de aire africano” barrera a los visigodos de nuestra Península, y que después, cuando cede “la marea musulmana”, aunque se formen reinos con monarca y plebe, se trate de unos reinos “sin suficiente minoría de nobles”. Y en cuanto a la Reconquista que, a pesar de todo, lograron culminar aquellos nuestros antepasados, confiesa Ortega que no entiende como se pueda llamar así “a una cosa que duró ocho siglos”.

Recuerdo que cuando me encontré con esta visión deprimente de nuestra historia, aunque el país me pareciera en efecto deprimente, en seguida pensé que algo tenía que fallar, pues si por diversos avatares se le quebró, cuando fuera, la espina dorsal, era indudable que para hacer lo que en tiempos hizo, por fuerza tuvo que estar “en forma” y vertebrado. Ahora no veo, por ejemplo, en qué pudieran envidiar el Cid y los suyos a Roldán y los doce pares de Francia (salvo si acaso en que “hubiera buen señor”) o el simpático Berceo a otros clérigos rimadores, o aquel nuestro gandul Arcipreste a los de cualquier otro lugar. Para no hablar de la admiración por el héroe Campeador y por “el collar de perlas” de nuestro Romancero, que dejó plasmada Hegel en su Poética. O si hubiera que mirar más acá y limitarse a la astucia y la tensión muscular, no se ve que tuvieran que imitar modelos extraños especímenes como Juan Martín el Empechinado, el cura Merino o Julián Sánchez el Charro. “Alimañas”, podría decir Ortega, que lo dijo, por lo menos una vez, en alabanza de Baroja.

Pero ciertamente también se puede ser patriota, como lo era Ortega, y antes Cadalso y Larra, resaltando los defectos. Que la cosa venía de lejos, pruébalo el que ya en 1912, al final del precioso comentario al libro de Azorín *Lecturas españolas*, le parezca “grotesco” a Ortega que Castelar se emocione emparentándose con Viriato en un retórico párrafo en el que llega al ridículo de preferir la patria a la libertad.

¹⁶ Dice Marías que salvo Pidal y ellos (y aún Pidal y Castro venían de la filología) en historia, como decía Ortega, lo importante lo ha hecho el chico de la blusa (el espontáneo): piénsese en Maraño y Madariaga.

islamización, ni a vivir como mozárabes bajo la dominación musulmana¹⁷. Desde esos puntos septentrionales se puso en marcha la Reconquista, que fue “múltiple” y lenta (con algunas temporadas de pacífica convivencia de las **tres culturas**), pero constante en la *unidad proyectiva* que manaba de la añoranza de la **España perdida**, a cuya reconstrucción se aspira desde los distintos reinos cristianos, con momentos estelares como la victoria conjunta en la batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, que provocó la caída del imperio almohade. Cientos de veces aparece el nombre de *Hispania* en las distintas Crónicas haciendo referencia a la España entera, y por lo menos en una ocasión, en la Crónica de Ramón Muntaner, queda referido en lengua catalana que los cuatro reinos *d’Espanya* “son una carne y una sangre” y unidos alcanzarían *tot l’altre poder del mon*¹⁸.

E inventó después España por primera vez la nación y la organización nacional, que es lo que salvó, pasando a un nivel superior, superándolas, las discordias y calamidades inmediatamente anteriores tanto en Castilla como en Aragón. Y acto seguido inventó, siendo también la primera en hacerlo, la supernación. España pasó a ser la cabeza, claro está, pero sólo una de las partes del todo que era la Monarquía española, que tenía otras Españas en América (nunca fueron **colonias**) y aún en Europa (el Espínola de la rendición de Breda es un *español* de Italia) . El rey Felipe IV tradujo una historia de Italia de 2000 páginas (la de Francesco Guicciardini) para aprender bien el italiano, pues también de allí era rey, y no le bastaba con las lenguas de España, incluidas la aragonesa, catalana y portuguesa, que ya sabía, para que los habitantes de sus Reinos pudieran hablarle en sus lenguas a un rey que lo era “de las Españas y de tantos Imperios”. Ha repetido muchas veces Marías que viajando por América se siente uno *en casa*. Que Santo Domingo es la única ciudad americana que alcanzó a ser gótica todavía. Y que sin el español América sería un *maremagnum* de lenguas incomprensible e ininteligible¹⁹.

Comparando lo que era España antes de los Reyes Católicos con lo que llegó a ser a la vuelta de un siglo, la notoria desproporción entre el número de españoles y la **eficacia** que desplegaron por todo el orbe, vienen a la mente de manera inevitable palabras como inverosímil e incomprensible. La única comparación algo aceptable es la que se puede hacer con el Imperio Romano, “que fue mucho más limitado en el espacio” (sin alcanzar a continentes aislados y remotos) “ y de una lentitud que no admite parangón con la celeridad de la empresa ultramarina de España”. Sólo se empieza a entender, dice Marías en la página 179 de su *España inteligible*, si “hacemos intervenir otros factores, específicamente humanos e históricos, es decir,

¹⁷ Mejor no pensar como reaccionaría la actual fauna universitaria ante la imaginaria invasión de iluminados reivindicadores de al-Andalus. Le asalta a uno la duda de que supieran reaccionar como los andaluces del chiste ante el vendedor de Biblias del siglo XIX: Si no creemos en nuestra religión, que es la verdadera, cómo vamos a creer en la suya que es del extranjero...

¹⁸ Ver V. Palacio Atard (ed.), *De Hispania a España*, Madrid, 2005, p. 146.

¹⁹ Es notorio el entusiasmo de Marías con las queridas naciones iberoamericanas, alabando su vitalidad, pero resulta algo excesiva su visión optimista de unas sociedades, que parecen sometidas de manera endémica a unas clases políticas tan inútiles como corruptas, lo que le lleva a uno a pensar si no habría sido mejor que se les hubiera inoculado unas gotas de calvinismo. Por lo que respecta a la Argentina, su equivocación vendría de que fue allí, según confiesa, donde por primera vez se dio cuenta de que tenía más prestigio del que imaginaba.

los *proyectos* como algo capaz de alumbrar fuentes de energía que sin ellos no existirían”. La energía liberada por la unión conseguida y la unidad católica imaginada y deseada, que se extremó erróneamente con la expulsión de los judíos. Cuando después, en el reinado del Emperador aconteció la Reforma y se vio que no se limitaba a la crítica, entonces aquí no mal recibida, sino que suponía la ruptura de la unidad cristiana, se la repudió como algo intolerable. Añádase la amenaza de los Turcos, con los que Francisco I no tiene inconveniente en aliarse, mientras que los cristianos españoles consideraban al Islam, por principio, inaceptable. Así las cosas, dice Marías (p.196) : “Para España, la suerte está echada”.

En el transcurso de la exposición, no olvida Marías adornarla con textos tan elocuentes como las entusiastas y *proféticas* palabras de Nebrija en el memorable prólogo de su *Gramática castellana* dirigida a la reina Isabel, y las alabanzas dedicadas a la misma reina por Castiglione en *El cortesano*. Podría haber añadido las de Maquiavelo en *El príncipe* a Don Fernando como modelo de político eficaz . Y resalta, para refutar a los obsesionados con la decadencia, los escritos pertinentes del filósofo Francis Bacon, que asombrado de que los españoles hayan hecho tanto siendo tan pocos, todavía en 1624 considera que España sigue siendo peligrosa y trata de convencer al príncipe de Gales (el futuro Carlos I) de la conveniencia de hacerle la guerra.

Marías ha insistido mucho en la diferencia entre lo que hicieron los ingleses en la parte septentrional de América , que fue un **trasplante**, y lo que hicieron los españoles (y a su modo también los portugueses) en el resto, que fue un injerto²⁰,

²⁰ En el artículo “España” de G. Bueno, publicado en *El Basilisco*, 1998, convertido después en libro, encontré “inesperadas” coincidencias con estas ideas, aunque llame a Marías “armonicista” y él se considere, en cambio, “dialéctico”; e ignoro si se deberá a ello que algunos de sus fieles digan que está retornando a sus orígenes, que mejor que nadie sabrá él cuales fueron.

Dice Bueno que en Europa el único Imperio que se formó después del romano, fue el español. El Imperio católico (universal) español, ya que el carolingio y el sacro romano germánico no lo fueron de verdad, sino fantasmas. Lo intentó después Napoleón, y ya en el siglo XX la URSS, que también cayó. Avisa que no hay que confundir el Imperio español con los Imperios depredadores inglés y holandés. Que mientras estos protestantes y calvinistas iban a esquilmarles, a colonizarles, sin importarles las costumbres que tuvieran (como los despreciaban, los “dejaban en paz”), los españoles iban a incorporarles, a hacerles ciudadanos, a salvarlos, y por eso hicieron allí, igual que aquí, catedrales, templos, ayuntamientos, universidades, etc. Por eso le irrita que para referirse al 98, los historiadores *simios* papanatas hablen del “desastre final colonial”, ignorando que Cuba era una provincia española, y no como “superestructura” justificativa (como interpretaría el “marxismo vulgar”) sino de verdad.

Es al Imperio islámico al que le casa bien lo de “por el Imperio hacia Dios”, mientras que al español le casa mejor “por Dios al Imperio”. Más que estar Felipe II al servicio de Trento, sería Trento el que serviría a Felipe II, que tenía la misión histórica real de mantener e instaurar el Imperio católico universal.

La concomitancia con Marías está clara, cuando también Bueno recuerda lo que decía F. Bacon en 1624 y cómo se admiraba de que siendo tan pocos los nacidos españoles tuvieran un dominio tan asombroso (Que esas reflexiones baconianas no anden por los libros de historia viene a confirmar que los historiadores al uso no leen filosofía. Ahora ya se acepta que de los 130 barcos de la Invencible regresaron 100).

Este Imperio católico español (de donde viene que España siga siendo católica y América también, con el pluralismo ontológico “católico”, contra los islámicos que tachaban a los católicos de politeístas) germinó en Asturias frente al Islam, con la necesidad de seguir conquistando para no ser barridos por los islámicos (y descubrir después “América” en la intención de rodear al Islam por la espalda) . No olvidar

llevando al Nuevo Mundo aquel “espíritu de incorporación” con el que antes se había culminado la integración de España. Resulta tentadora, claro, la comparación con Roma. Si los romanos fueron incorporando provincias al imperio mostrando con una mano el pacto y con la otra las legiones, España lo haría simbólicamente llevando en una mano la cruz (el “Requerimiento”) y en la otra la espada. Allí se injertaron la cultura y los usos de aquí, y especialmente los dos grandes injertos: la religión cristiana y la lengua española.

Como el libro de Marías no se resuelve en un canto de las “glorias imperiales”, no olvida reseñar también los grandes errores, como “forzar” la conversión de los judíos y otros pueblos, cosa que no es cristiana (como sabía muy bien Francisco de Vitoria, y lo decía). No es legítimo hacer que todos tengan que ser cristianos o católicos, sólo es legítimo proponerlo, el deseo de que todos lo sean. Ya Bacon reprendía que España se intrometiera tratando de imponer el catolicismo en todas partes como los Turcos imponían a Mahoma. Y critica la rémora de la Inquisición, que aunque no quemara a ningún hereje importante²¹, no dejaba suficiente *holgura* para la espontaneidad mental, y la inflación excesiva del elemento eclesiástico, sobre todo con los Austrias, aunque estos normalmente mantuvieran a raya al Papa.

Pero tampoco se olvida Marías de la leyenda negra y los desvelos para propagarla de italianos, protestantes y holandeses, éstos los más infatigables, ni de los que la reverdecieron, entre los que incluye como caso más inquietante el de

que para el “dialéctico” Bueno está claro que la Historia no la hace la Humanidad, la Especie, sino una parte de ella, imponiéndose a las otras partes. Buena ocasión, nos parece, para recordar a los que en lugar de contar la historia se dedican a “moralizarla” que Hegel no tiene la culpa de que ella sea la gran mesa de matadero.

Y no se olvida de proclamar que vascos y catalanes, aunque tengan etnografía o antropología, no tienen *Historia* fuera de España. Marías, por su parte, recuerda que esos nacionalismos, como fenómenos típicos del *particularismo* insolidario, no son anteriores a la última década del siglo XIX. Pero no he visto que ninguno de los dos recoja la reacción de don Santiago Ramón y Cajal, que cuando en la República comprobó la ingratitud de los unos y los otros, retrocedía mentalmente a cuando era joven de veinticinco años “hinchidos de patriotismo exasperado” y se veía aplicando la máxima de Gracián: *contra malicia, milicia* (Ver *El mundo visto a los ochenta años*, Madrid, 1970, 123 – 24). Y me queda la duda de si el más estólido de los fundadores no recibiría la “inspiración” al cruzarse con algún obrero originario de mi valle, que se aliviara blasfemando y también por retambufa, alardes imposibles para un meapilas estreñado. Hoy en día, no se ha visto que aquellos a los que corresponde hayan afeado como deben la conducta de quienes, movidos sabe Dios por qué manías o bastardos intereses, estén cargando de razón al que se convino tácitamente en relegar al olvido.

Para no quedar con mal sabor de boca y volviendo a la actividad de aquellos españoles, que daban la impresión de estar en todas partes y acudir presto a donde se les citara, unido ello a la no menos increíble dedicación que supuso el Siglo de Oro, bien se le podría decir hoy al españolito que llega al mundo y nace talentoso: no te dejes contagiar por las almas feas, colabora a que sea posible la convivencia procurando la justicia y a que, como dice Laín hacia el final del libro mencionado, se produzca en España la ciencia exigible a un país occidental de su número de habitantes, pero no te preocupes si lo demás no se te da por añadidura, quiero decir y nada que ver con el “que inventen ellos”, que no te angusties queriendo hacer “cosas del otro mundo”, porque esas ya las hicieron, siendo tan pocos, tus antepasados.

²¹ Recuerda Marías que Ortega decía que no hubo aquí ningún hereje importante que quemar. Ya Unamuno se quejaba de que no habíamos tenido fe para producir herejes, y lo recoge Ramón y Cajal en la misma página de *El mundo visto a los ochenta años* (ed. c., 64) en la que, no sé si por más o menos masón, asegura que “a través de todo católico fanático se vislumbra casi siempre al financiero”.

Montesquieu, que revela tanta ignorancia e irresponsabilidad sobre las cosas de España y América como su conocimiento y buen sentido sobre las de Roma y otros asuntos. Y después, ya como consabidos enemigos, a Voltaire, “gran odiador y poseído de obsesión contra la Iglesia católica”, al abate Reynal, y al inevitable Masson de Morvilliers (a los que yo añadiría, como tonto que colea, ya en la segunda mitad del siglo XX, al alemán J. Störig).

Cita, en cambio, con evidente simpatía las quejas de Feijóo y Cadalso sobre el atraso de España y la indagación de sus causas, y debe saberse que Marías no oculta su aprecio por aquel siglo XVIII nuestro en que se intentó “hacer las cosas bien”. Como se deleita más tarde con los autores del 98, que tan bien supieron reabsorber su circunstancia y transformar el dolor que sentían por la España que se encontraron en un conocimiento tan entrañable de su alma y literatura, que todavía son *actuales* y se les sigue leyendo, sin reducirse a materia de estudio. Estos hombres del 98 (entre los que incluye a Menéndez Pidal, García Moreno y Asín Palacios) y “los de primera fila de las generaciones siguientes”, dice Marías, “no son en ningún sentido inferiores a los equivalentes de los otros países europeos”.

Por otra parte, resalta la energía oculta que emergió como respuesta inesperada a la invasión francesa, y la que después se derrochó desgraciadamente durante buena parte del siglo XIX en los más diversos tipos de enfrentamientos. Y no menos “impresionante suma de energía” extrajeron los españoles “de su fondo último”, por igual en ambos lados, en la terrible ocasión de la guerra civil, que vino a ocurrir “en un momento de increíble esplendor intelectual” y que piensa “fue la consecuencia de una ingente *frivolidad*” de la mayoría de los que entonces tenían algo que representar. Todavía después de la guerra, en medio de todo tipo de adversidades y dificultades, había tal “gana de vivir, una alegría”, que convierte “la idea, tan difundida ahora, de una España apagada, tétrica, inerte” en “absolutamente falsa”²².

Cuando tiene que lidiar con los anticuados esquemas de la derecha y la izquierda, resalta como lado negativo de aquélla la insolidaridad, hasta el punto de aplicarle los versos terribles del Comendador en el *Tenorio* de Zorrilla: *¿Y qué tengo yo, Don Juan, / con tu salvación que ver?* en la acepción de *¿qué tengo yo que ver con tu hambre...?*. En cambio, el lado negativo de la izquierda lo encuentra en su deseo de “irritar” y en la irresponsabilidad²³.

Sostiene Marías que, con ser tantas las crueldades y los excesos de todo tipo en la historia de España, en ningún caso han sido mayores que los de las otras naciones europeas importantes en las diferentes épocas, más bien el saldo, en cuanto

²² Ver págs. 368 – 373 de *España inteligible*. En cuanto al ambiente de la posguerra, puede resultar ilustrativo el hecho de que allá por los años cincuenta nadie hizo caso al propósito de algunos obispos, los de Canarias y Astorga en concreto, de prohibir el “baile agarrado” en las festividades de los pueblos. Aquellas gentes y aquellos dulzaineros, acostumbrados a las preciosas canciones de la época, se hacían cruces y como que perdían la inocencia al enterarse de que la imaginación episcopal consideraba pecaminoso el baile público en la plaza, que por otra parte no se prolongaba más allá de las once de la noche.

²³ *Ib.*, 390.

pueda ser esto medible, nos sería favorable, con la dificultad de que no se nos ha medido con el mismo rasero, y no sólo por culpa de los de fuera.

Finalmente, ve claro que el proyecto histórico de identificación con el cristianismo, sin el que no puede entenderse la historia de España, se fue abandonando progresivamente a lo largo del siglo XIX, y los intentos de reafirmarlo han hecho recaer en el viejo y grave error de querer exigir a todos los españoles que fueran cristianos, deslizado “la idea de que un español no cristiano no es verdaderamente español, o lo es menos”. Esto es inadmisibles “a los ojos de los hombres del siglo XX”, es un hecho que muchos españoles no son cristianos, y los cristianos deben recordar que la fe religiosa es una *gracia*²⁴. Con esto se separa claramente Marías, aunque no lo diga, de lo que dejó escrito en contrario su maestro García Morente en la lejana fecha de 1942.

De cualquier modo, aunque llegara el momento en que ya ningún español, ni europeo, ni occidental adhiriese personalmente a las raíces greco-romana y judeo-cristiana, España, Europa y Occidente “no serían inteligibles más que a su luz, y no podrían proyectar su futuro sin contar con lo que había sido su condición”²⁵.

3. Occidente y lo demás

Así titula llamativamente Marías un apartado del volumen tercero de sus Memorias, en las que entre otras cosas recuerda haber escrito un artículo cuando la

²⁴ *Ib.*, 416 y 417. En la p. 321 de la obra conjunta antes citada *De Hispania a España*, se recuerda que ya don Claudio (ver *España, un enigma histórico*, Barcelona, 1991, 1331 y 1332) decía que los descubrimientos y exploraciones de los españoles, al encontrarse con tantas cosas *nuevas* para las que no había precedentes en las obras de los clásicos, “contribuyeron decisivamente al nacimiento de la modernidad” y vinieron a suponer “la lanzada fatal al viejo edificio de la dogmática religiosa”, con lo que su predicación de la fe en América y su defensa con las armas en Europa vendría a ser la “reparación de su inconsciente socavar la concepción teocéntrica de la naturaleza y de la vida”.

Y no sé si nuestro historiador llegaría a proponerse como objeción, o a comprender que no lo era, el hecho de que los que operaron la nueva cosmovisión de una manera *explícita*, eran católicos como Copérnico, Galileo, Descartes, Cavalieri o Pascal, o cristianos reformados como Kepler, Leibniz, Barrow o el mismísimo Newton, aunque de él se dice hoy que fue arriano. Posteriormente hubo todavía colosos de la ciencia con hondos sentimientos religiosos, como Gauss y Pasteur, y aún se inscribieron en la nómina de los sabios sacerdotes católicos como Bolzano, Mendel y Lemaître. En este sentido, sin enmendar lo dicho sobre los graves errores que la acompañaron, la opción de la Monarquía española, tomada cuando se tomó y contra quienes iba dirigida, para nada puede decirse que fuera *entonces* esperpéntica o algo por el estilo.

²⁵ Tal vez se aclararan las cosas conviniendo en que, mientras hubo un tiempo en que “cristiano” se usaba como término unívoco, ahora pueda emplearse como análogo y cristiano se diga “de muchas maneras”, no ya sólo en referencia a las distintas confesiones y al buen o mal comportamiento, sino incluyendo a los que lo sean meramente en la acepción cultural del término, o sólo en modo subjuntivo, e incluso a los que no siéndolo de ninguna manera, por lo menos no vean con malos ojos que sus ancestros lo hubieran sido. Es indudable que, frente a lo que todavía pasaba en el siglo XVIII, la mayoría de los escritores más notables del siglo XX español ya no son católicos en el sentido de fieles practicantes (y menos, eclesiásticos), lo que no quiere decir que muchos de los aludidos hayan dejado de serlo culturalmente, en atención a los contenidos o sentimientos cristianos que frecuentemente aparecen en sus obras. Y, *mutatis mutandis*, lo propio puede decirse de los científicos más importantes. En todo caso hay que resaltar que los pueblos en que se implantó el cristianismo han experimentado unas transformaciones históricas, que resultan más llamativas en contraste con el acusado inmovilismo de los pueblos islámicos.

segunda guerra mundial sobre “Patriotismo europeo”, y se reafirma en que son compatibles estos tres niveles de patriotismo: el español, el europeo y el occidental.

A los que, después de su España inteligible, le pedían que escribiera una “Europa inteligible”, les responde que renuncia a hacerlo por faltarle fuerzas y conocimiento, y escribe algo menos pretencioso, un artículo titulado “Europa ‘algo’ inteligible”²⁶. Dice en él que las naciones de Europa son “posteriores” a ella (engendrada plenamente en el larguísimo período de la Edad Media), que están “hechas de ella”, pero que son “sus elementos constitutivos, sus articulaciones, las diversas perspectivas desde las que se la puede vivir y entender”, y empeñados ahora en la construcción de una Europa unida, debe recordarse “que se es europeo de distintas maneras”. Nada tiene, pues, Marías contra las naciones, y lo tiene todo en cambio contra el virus del “nacionalismo”, que es algo bien distinto y en el fondo contrario, literalmente una enfermedad, dice en otra parte, “la inflamación patológica de la condición nacional”²⁷.

Piensa que Europa es más bien un verbo: “europeizar”; y de hecho, por curiosidad o ambición, “Europa se ha volcado, para bien o para mal, sobre el resto del mundo”, siendo él de los que creen que “principalmente para bien”, y que “la gran creación de Europa, su máximo honor, es lo que llamamos Occidente”. Confiesa sentirse radicalmente occidental, adhiriendo a “esa manera siempre móvil y creadora de vivir”, en que consiste primariamente Occidente, y que lo seguirá siendo mientras permanezca fiel a su triple impulso originario: “la razón griega, la interpretación personal de Dios y de su relación con el hombre, propia de la tradición judeo – cristiana, y la autoridad, el mando según derecho, herencia romana”. Precisamente le gusta fechar el nacimiento de Occidente en el pasaje de los Hechos de los Apóstoles (22, 25 – 29) en que San Pablo exhibe su condición de ciudadano romano para no ser azotado como un cualquiera. Era San Pablo, en efecto, un judío “helenizado”, apóstol “cristiano” y ciudadano “romano”²⁸.

²⁶ ABC, 26 – 6 – 1996.

²⁷ Es, pues, Marías partidario de una Europa de las naciones, más que de los pueblos o las regiones y otras propuestas. Y las naciones de Europa, según escribió en un artículo con ocasión del paso decisivo de la implantación del Euro, “pueden y deben formar una orquesta, no un batallón que evolucione a toque de corneta”. En ese mismo artículo, replicaba a los críticos de la “Europa de los mercaderes” que peor sería una Europa de burócratas, de funcionarios, pues aquéllos han revelado ser a lo largo de la historia imaginativos y dinámicos. El cree que la Unión Europea pertenece sobre todo al futuro, lo que quiere decir que tiene que nutrirse de imaginación y pensamiento. Bien, pero aunque no haya un *proyecto* todo lo claro que se quisiera, no puede producir sino satisfacción la irreversibilidad del proceso, en primer lugar por los males descartados, al resultar hoy ya inconcebibles aquellos seculares enfrentamientos entre las naciones europeas, que ahora nos parecerían ya pependencias entre naciones casi hermanas.

En más de una entrevista, extrañado de los que hablan de la entrada de España en Europa, porque entra en las *instituciones* europeas, se pregunta: ¿cómo va a entrar en Europa si está desde antes? De acuerdo, pero había que pasar la reválida.

²⁸ Ver *La perspectiva cristiana*, págs. 25 – 26. El que Marías no suela resaltar como ingrediente decisivo de Europa y Occidente la ciencia moderna no sé si se deberá a que la considere como algo derivado de la razón griega o a que sea menos sensible a su peculiar originalidad. Pero en cuanto Occidente es ya invariable sin el mantenimiento y desarrollo de su técnica, recuerdo haberle oído decir por TV cuando la crisis del petróleo que, si los países productores llegaran a extorsionar a la civilización occidental, habría que impedirlo como fuera. Posteriormente he leído que mucho antes Kissinger había amenazado con ir a

Para concluir, no me resisto a transcribir unos párrafos del epígrafe aludido, para que aquellos que disientan de su pensamiento lo puedan conocer antes de manera fidedigna:

“Desde esa condición (la de occidental) he mirado el resto del mundo, con esos instrumentos intelectuales – y ¿por qué no? sentimentales – he intentado comprenderlo, sin dejar de ser lo que soy. He contado en su lugar mi experiencia de la India – más adelante hablaré de la japonesa –; la India me apasionó extraordinariamente, la miré con atención y entusiasmo, pensé intensamente sobre ella, lo que nunca se me ocurrió fue ‘jugar al indio’, considerarme parte de una realidad que me interesaba vivamente en cuanto ajena, comprensible desde la común condición humana, pero que significa precisamente otra cosa. Los occidentales que hacen gestos de identificación con lo indio me han producido siempre cierta repulsión; y no creo que penetren demasiado en su realidad, sino que más bien se contentan con una caricatura.

Al decir Occidente ‘y lo demás’ no intento englobar despectivamente en esa fórmula lo que no es occidental. Sino, por el contrario, respetar su pluralidad y diversidad; cuando se habla de Oriente, esto no tiene más sentido que la contraposición a Occidente, porque no hay un Oriente, sino varios, ajenos unos a otros. Lo mismo podría decirse de lo ‘africano’, como si fuese una unidad con principios comunes. Para un occidental, la única forma que me parece real de acercarse al resto del mundo es permanecer fiel a su condición propia y desde ella intentar asomarse a otras formas de vida, igualmente humanas, interesantes pero que no son la suya”.

Y además: “Mi experiencia ha sido que los indios, africanos, japoneses, etc., que han conseguido comprender recíprocamente sus mundos han realizado primero una dosis de occidentalización que les ha permitido trascender de sus formas propias, dilatándolas sin abandonarlas”²⁹.

A los que sientan la razonable tentación de objetarle con el cosmopolitismo estoico de Marco Aurelio, me temo que les remitiré Marías a las páginas 89 – 91 de su *Historia de la filosofía* (ed. de 1998), en las que tras un prolijo análisis de la diferencia entre aquel cosmopolitismo, apoyado en la identidad de naturaleza, y la unidad de los hombres afirmada por el cristianismo, que sólo se asemejan aparentemente, y que no bastan sin más para fundar una convivencia política, llega a la conclusión de que “los estoicos, y de modo eminente Marco Aurelio el Emperador, se sintieron ciudadanos de Roma o del mundo, y no supieron ser lo que era menester entonces: ciudadanos del Imperio. Y por eso éste fracasó”.

Y no estará mal terminar aludiendo a las preocupaciones más persistentes de un autor que suele pecar de optimista, pero que no cesa de poner en guardia a sus lectores frente al imperio de la mentira y la falsificación de la historia, el rencor

buscarlo en el caso de que no se pudieran abastecer los bombarderos para Vietnam. En una entrevista reciente ha declarado Marías que “Europa está muy floja” y que no se le perdona a EE.UU (“que mandan menos de lo que tendrían que mandar”) que nos hayan librado de Hitler y de Stalin.

²⁹ Vol. 3 de las *Memorias*, 314 y 315.

contra la excelencia, que va incrementándose³⁰, y la propensión cada día más acendrada a cosificarlo todo, a tratar como cosas a realidades que no lo son, a las personas; y recordando, en fin, uno de los consejos de alguien ya escarmentado: no molestarse en intentar convencer a quien no se va a convencer.

³⁰ Relacionado con esto, lo más grave no es que siga habiendo ignorantes, que todos lo somos por lo poco que sabemos, sino que los que lo son de solemnidad, que antes solían ser respetuosos, ahora se han tornado insolentes.